

con las pasiones de un hombre, ó mejor, que las pasiones del adulto las expresa con actos de niño, este aforismo tiene un sentido muy profundo que no se descubre desde luego. Es que hay relacion genética entre las dos naturalezas, tanto que, teniendo cuenta de las diferencias de especie y grado de las emociones, podemos considerar su coordinacion en el niño, como representando bastante bien la coordinacion que existía en el hombre primitivo.

Los rasgos más especiales del carácter emocional dependen en gran parte del que acabamos de hablar, como lo acreditarán nuevos testimonio á los hasta aquí aducidos. Esta relativa impetuosidad, este estado más próximo de la accion refleja primitiva, ese defecto de emociones representativas que tienen en jaque las más simples emociones, van acompañadas de la imprevision.

Descríbese á los Australianes como «incapaces de todo trabajo perseverante que no deba ser recompensado más que en lo porvenir.» Segun Kolben, los Hottentotes «son las gentes más perezosas que alumbró el Sol;» y se nos cuenta que los Bosquimanos pasan de la «prodigalidad á la hambre.» Pasemos á los indígenas de la India. Los Todas, se dice que son «indolentes y holgazanes;» los Bhils «desprecian y abominan el trabajo, y mejor prefieren morir de hambre á trabajar;» los Santals, por lo contrario, no tienen «la invencible pereza de las antiguas tribus montañosas.» De la misma manera en la América del Norte se puede tomar á los Kirghices como ejemplo de la pereza, y en América en general, pueblo alguno aborígena, á menos de obligárseles por la fuerza, presentan aptitud alguna para el trabajo. En el Norte, los Indios á quienes se prohíbe la vida de cazador, mueren por la imposibilidad de doblegarse á otro modo de vivir, es por esto que cada día van disminuyendo y desapareciendo; en el Sud las razas antes sometidas á la disciplina de los Jesuitas han caído de nuevo en su estado primitivo y hasta en un estado peor, desde que las causas que los estimulaban ó les imponía un freno, han dejado de existir. Todos esos hechos se pueden referir por una parte á una causa, á un imperfecto estado de conciencia del porvenir, á un espíritu impotente para comprender de una manera recta las consecuencias remotas. Cuando, como sucede entre los isleños de Sandwich, y para varios pueblos malayo-polinesianos, se establece bien el trabajo; esto supone ya un estado social que ha sometido el pueblo á una larga disciplina: las condiciones le han hecho desviar mucho de su naturaleza primitiva. Verdad es que á menudo se encontraria entre los salvajes la perseverancia en vista de un provecho remoto, y á este efecto consagran mucho tiempo á la fabricacion de sus armas, etc., seis meses para hacer

otras tantas flechas, un año para labrar una taza, y varios otros para ahujear una piedra. Pero en ese caso, además de ser simples los provechos, directos y visibles, es necesario notar que solo se necesita al efecto de un débil esfuerzo, y que la actividad recae sobre facultades de percepcion que son constitucionalmente activas (1).

Un rasgo que marcha de consuno con esta incapacidad de concebir que en lo porvenir pueda modificarse por la inteligencia, es la infantil alegría, la satisfaccion en que viven, y que no logra temperar jamás la idea de lo que pueda suceder. Aun cuando hay en el Nuevo Mundo, razas en general impasibles y poco dispuestas á la alegría, y aunque la gravedad sea el signo característico de los Dayakas y de los Malayos, en general es de muy otro modo. Así se cuenta que los indígenas de la Nueva Caledonia, los Fijianos, los Tahitianos y los habitantes de la Nueva Zelanda, están siempre dispuestos á reír y á hacer bufonías. El negro presenta el mismo carácter de uno á otro extremo de África. Los viajeros dicen que otras razas de otros países, muestran siempre «una alegría loca, llena de ardor y de vida,» gente en fin «bulliciosa y charlatana,» «entrometida,» «riendo siempre de una manera escandalosa,» y «riendo sin medida y sin motivo.» Igualmente se dice de los Esquimales que, á pesar de las privaciones que padecen, «viven una vida feliz.» No tenemos más que recordar con cuanta fuerza la inquietud habitual que experimenta el hombre cuando piensa en lo que puede sobrevenir, templar su alegría; no tenemos más que oponer el carácter vivo é imprevisor del Irlandés al carácter grave pero previsor del Escocés, para ver que existe en esos rasgos del carácter una relacion para el hombre civilizado. Una naturaleza relativamente impulsiva, que supone que el hombre se absorbe completamente en el placer momentáneo, es al mismo tiempo la causa de esos excesos de alegría y de su inatencion por los males que le amenazan.

Junto con ese cargo del carácter imprevisor, marcha á la vez como causa y como consecuencia, un sentimiento rudimentario de la propiedad. Cuando pensamos en el carácter del salvaje, no solemos tomar en cuenta la carencia que sufre de una noción adelantada de la propiedad individual, y que, en las condiciones en que vive, no le es posible tener en manera alguna. Fundado el

(1) Conviene aquí notar un hecho que disminuye la importancia de esta generalizacion, y que tiene su interés lo mismo bajo el punto de vista fisiológico que sociológico; se nos dice algunas veces que los caracteres de los hombres y de las mujeres difieren por la facultad de aplicacion. Entre los Bhils, los hombres aborrecen el trabajo, pero muchas mujeres son industriosas. Entre los Kukis, las mujeres «son tan trabajadoras é infatigables como las mujeres Nagas;» mientras que en esas dos tribus los hombres son perezos. Lo mismo en África. En Loango, aunque los hombres sean ineptos, las mujeres «se ocupan de agricultura con un ardor infatigable,» y lo que ahora acabamos de saber, respecto de los habitantes de Costa de Oro, nos dice que aquí existe una diferencia análoga. El establecimiento de esta diferencia hace suponer que el sexo impone un límite á la herencia.

sentimiento de la propiedad individual, solo como él puede serlo, por la experiencia de las satisfacciones que la posesion procura, repetido con gran número de veces, y durante varias generaciones, dicho se está que no puede establecerse si no permiten las circunstancias la experiencia de sus beneficios. Fuera de los groseros útiles que le sirven para satisfacer sus necesidades físicas, el hombre primitivo no tiene por qué amasar nada más, en él no hay sitio para una facultad adquiritiva. En las regiones á que se eleva cuando pasa á la vida pastoral, encuentra ya la posibilidad de sacar provecho de un aumento de propiedad, así procura sacarla aumentando el número de sus rebaños. Sin embargo, en tanto permanece entregado á la vida nómada, le es difícil procurar á sus rebaños, si es que son numerosos, una alimentacion segura. Así es que sufre cada vez pérdidas mayores ya por parte de sus enemigos, ya por las bestias feroces; de modo que los provechos de la acumulacion de su riqueza se encuentran necesariamente encerrados dentro de estrechos límites. No es sino cuando ha llegado al estado agrícola, y solo cuando la posesion del suelo se ha hecho individual despues de haber pasado por la forma colectiva de la tribu, y más tarde por la forma colectiva de la familia que se ensancha en la esfera donde puede desarrollarse el sentimiento de propiedad.

De modo que el hombre primitivo con su imprevision, y aun más con su incapacidad de desear lo que podria corregirla, está, por efecto mismo de las circunstancias en medio de las cuales vive, privado de las experiencias que desenvuelven ese deseo y disminuyen su imprevision.

Volvamos ahora á aquellos caracteres emocionales que afectan diariamente la formacion de los grupos sociales. Las varias razas humanas, tal como se presentan hoy día á nuestra consideracion, han adquirido en distinto grado la cohesion social; además, se distinguen por su mayor ó menor independencia; tan pronto soportan tales ó cuales frenos, tan pronto no pueden soportar ninguno. Claro está que la proporcion segun la cual se juntan entrambos caracteres, ha de tener una grande influencia en la union social.

El padre Bourien, en su descripcion de los Mantras, indígenas de la península de Malacca, dice que «la libertad parece ser para ellos una condicion necesaria de su existencia...; cada uno vive como si estuviera solo en el mundo;» si por acaso llegan á disputarse, se alejan pronto para poner término á la querrela. De la misma manera los salvajes del interior de Borneo «no se asocian entre sí;» y cuando sus hijos llegan á la edad en que pueden arreglarse por sí solos, se separan unos de otros por regla general, sin que jamás vuelvan á

pensar los unos en los otros.» Una naturaleza de esta clase, dicho se está que levanta un notorio obstáculo al desenvolvimiento social; sus efectos se ven en las familias de los Veddhas de los bosques, ó de los Bosquimanos, quienes, segun dice Arbousset, «son independientes y pobres fuera de toda expresion, como si hubiesen hecho voto de permanecer siempre libres, y no poseer jamás cosa alguna. Ese mismo carácter se encuentra tambien entre las razas que han permanecido estacionarias en un estado inferior, por ejemplo en la América del Sud, entre los Araucanios, «el Mapuche no puede aguantar la contradiccion, y no sufre autoridad alguna;» y segun Bates, «los Indios del Brasil muy tratables mientras son jóvenes, en llegando á la edad de pubertad muestran ya su impaciencia para todo yugo;» otro tanto sucede con los Caribes, quienes «no toleran el menor ataque á su independencia.» Varias tribus montańesas de la India presentan un carácter análogo. Los salvajes Bhils tienen una pasion natural por la independencia; el Bodo y el Dhimal resisten con una tenacidad irracional las órdenes que no se dan de una manera juiciosa; y los Lepchas «sufren las más grandes privaciones antes de someterse á la opresion.» Este mismo obstáculo á la evolucion social oponen algunas razas nómadas. «Un Beduino, dice Burckhardt, no se someterá jamás á mandato alguno, pero cederá muy pronto á la persuacion;» y segun Palgrave, «posee una alta idea de la libertad nacional é individual,» mostrándose «libre de todo sentimiento de casta en cuanto toca á las familias y dinastías que están en el poder.» Ese rasgo del carácter moral es perjudicial durante los primeros periodos del progreso social; así lo han reconocido ya los viajeros, y Earl, por ejemplo, piensa que «la independencia de toda autoridad» entre los pueblos de Nueva Guinea, se opone á toda organizacion social.

Verdad es que no queremos decir con esto que el defecto de independencia causará un resultado opuesto. Segun Grieve, los Kamtschadales se muestran «serviles con los que les maltratan,» y «despreciativos por aquellos que les tratan con dulzura.» Galton dice que los Damaras no tienen «independencia alguna,» «que fomentan el servilismo,» y que los sentimientos más enérgicos en ellos son los de «la admiracion y del temor.» Parece que el carácter que la evolucion social reclama, se compone de una cierta mezcla de sentimientos, que llevan unos á la obediencia, y otros á la resistencia. Los Malayos que han formado varias sociedades semi-civilizadas, están, segun se dice, sometidos á la autoridad; y sin embargo, cada uno de ellos se muestra «susceptible tanto de que se pisotee su propia libertad individual, como la de otro miembro cualquiera.» Claro está, pues, que cualquiera que sea la causa de la sumision, ya sea falta

de independencia de corazón, ó temor, ó respeto á la superioridad, lo que, ya por separado ó en junto, favorezca el establecimiento de una subordinación, en todas partes vemos que los hombres que componen agregados sociales de considerable extensión, un carácter moral en cuyo fondo el espíritu de subordinación desempeña una parte más ó menos grande. En las sociedades semi-civilizadas que contiene el África tropical, se encuentra dicho carácter por todos lados; se ha reconocido entre los pueblos que componen las sociedades del Oriente, y también en aquellos que formaban las sociedades muertas del Nuevo Mundo.

Si como sucede para los Mantras, de quienes hemos hablado más arriba, la poca disposición en tolerar una restricción cualquiera se une con el defecto de sociabilidad, la unión social halla un doble obstáculo, de donde resulta una causa de dispersión que no está contrabalanceada por otra causa alguna de agregación. Desde el momento en que un hombre, por ejemplo entre los Todas, puede permanecer sentado horas enteras sin hacer nada, «sin buscar la compañía de otra persona,» claro está que se siente menos dispuesto á sufrir las restricciones que se quieran poner á su independencia de lo que le sucedería si la soledad le fuese inaguantable. Con mayor razón queda dicho que el feroz Fijense, en quien, por extraño que parezca, «el sentimiento de amistad está fuertemente desarrollado,» se siente llevado por ese sentimiento, lo mismo que por la perfecta fidelidad que guarda á su jefe, á soportar un estado social, ó un despotismo fundado en el canibalismo que no encuentra contrapeso alguno.

Cuando tomamos un término medio entre los hechos que, de un lado, nos presentan á los hombres inferiores formando los grupos sociales menos numerosos, y del otro á los hombres más adelantados, formando agregados más grandes, podemos muy bien decir que los hombres primitivos que, antes del progreso de las artes usuales, vivían de una alimentación salvaje, dispersándose para encontrarla por grandes superficies en pequeños grupos, estaban de un lado muy poco habituados á la vida de las asociaciones, y del otro lado de todo punto acostumbrados á abandonarse sin freno á sus deseos, que es lo que sucede siempre cuando uno se entrega á una vida de aislamiento. De suerte que, en tanto que la fuerza de atracción es débil, la fuerza de repulsión es grande. Solo cuando los hombres primitivos se vieron obligados á formar grupos más numerosos por motivo de las circunstancias locales que favorecían la conservación de muchos individuos en una superficie poco extensa, solo entonces pudo producirse el incremento de sociabilidad necesario para mantener en jaque la

desenfrenada acción. Y al llegar aquí percibimos una nueva dificultad que se levanta desde el principio en el camino de la evolución social.

Las emociones de un orden exclusivamente egoísta nos llevan, pues, á otras emociones que implican la presencia de otros individuos; principiemos, pues, por el estudio de las emociones ego-altruistas.—Véanse los *Principios de Psicología*, párrafos 519-523.—Antes de que los sentimientos que encuentran su satisfacción en la felicidad de otro existan en grados considerables, otros sentimientos que encuentran su satisfacción en la admiración que se inspira á otro, existen en grados considerables. Los mismos animales muestran su satisfacción al ser aplaudidos, y entre los hombres la vida en sociedad abre desde sus comienzos y ensancha esta fuente de placer.

Aun cuando es muy grande la vanidad del hombre civilizado, la del incivilizado le es muy superior. El color rojo y las conchas marítimas ahujereadas descubiertas en las cavernas de la Dordogne, prueban que en la remota época en que el rengífero y el mamuth habitaban el Mediodía de Francia, los hombres recurrían á pinturas y á adornos para atraer sobre ellos miradas de admiración. Preocupaba más á un jefe salvaje el adorno de su persona, que no á una de nuestras petimetras. Lo que lo prueba es el arte con que pinta la piel que tanto preocupaba antes de haberse establecido el uso de los vestidos. Otra prueba es el tatuaje con su cortejo de prolongados y repetidos tormentos; lo prueba la paciencia con que aguantan ciertos salvajes el dolor y la incomodidad de la dilatación del labio inferior, en el que introducen un pedazo de madera, ó los dolores que les ocasionan las piedras que llevan pasadas en los agujeros que se hacen en las mejillas, ó las plumas con que se atraviesan la nariz. La universalidad de la moda en cada tribu, y el rigor con que se impone, prueba en esos ejemplos la fuerza del deseo de adquirir la aprobación. Una vez llega la edad, no hay medio de evitar la mutilación exigida por la moda. El valiente indio del Norte América sufre los tormentos de la iniciación, y no disputa la autoridad del uso. El temor de disgustar á sus compañeros, y el de merecer sus insultos, como también el deseo de obtener sus elogios, constituye un motivo sobrado poderoso para que hayan de temerse frecuentes casos de disenterimiento.

Además, esto entra también por mucho en los usos que determinan la conducta. Los preceptos de la religión del odio hallan, en los primeros tiempos del progreso social, el apoyo de ese sentimiento ego-altruista. La opinión de la tribu da un carácter imperativo al deber de ejercer una sangrienta venganza.